

EL BARCO



DE VAPOR

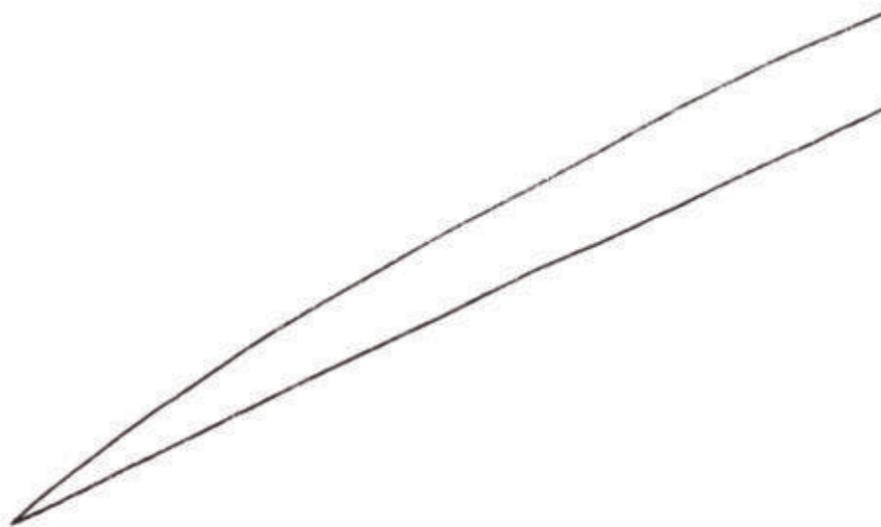
MI VECINO DE ABAJO

PREMIO
EL BARCO
DE VAPOR

Daniel Nesquens
Ilustraciones de Fran Collado







EL BARCO



DE VAPOR



Premio
El Barco de Vapor
2011

MI VECINO DE ABAJO



Daniel Nesquens

Ilustraciones de Fran Collado



Dirección editorial: Elsa Aguiar
Coordinación editorial: Berta Márquez
Diseño y coordinación gráfica: Felipe Samper

- © del texto: Daniel Nesquens, 2011
- © de las ilustraciones: Fran Collado, 2011
- © Ediciones SM, 2011

Impresores, 2
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

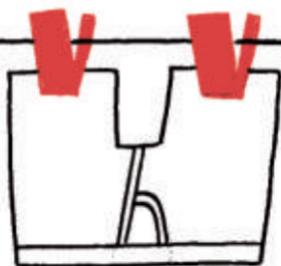
e-mail: clientes@grupo-sm.com

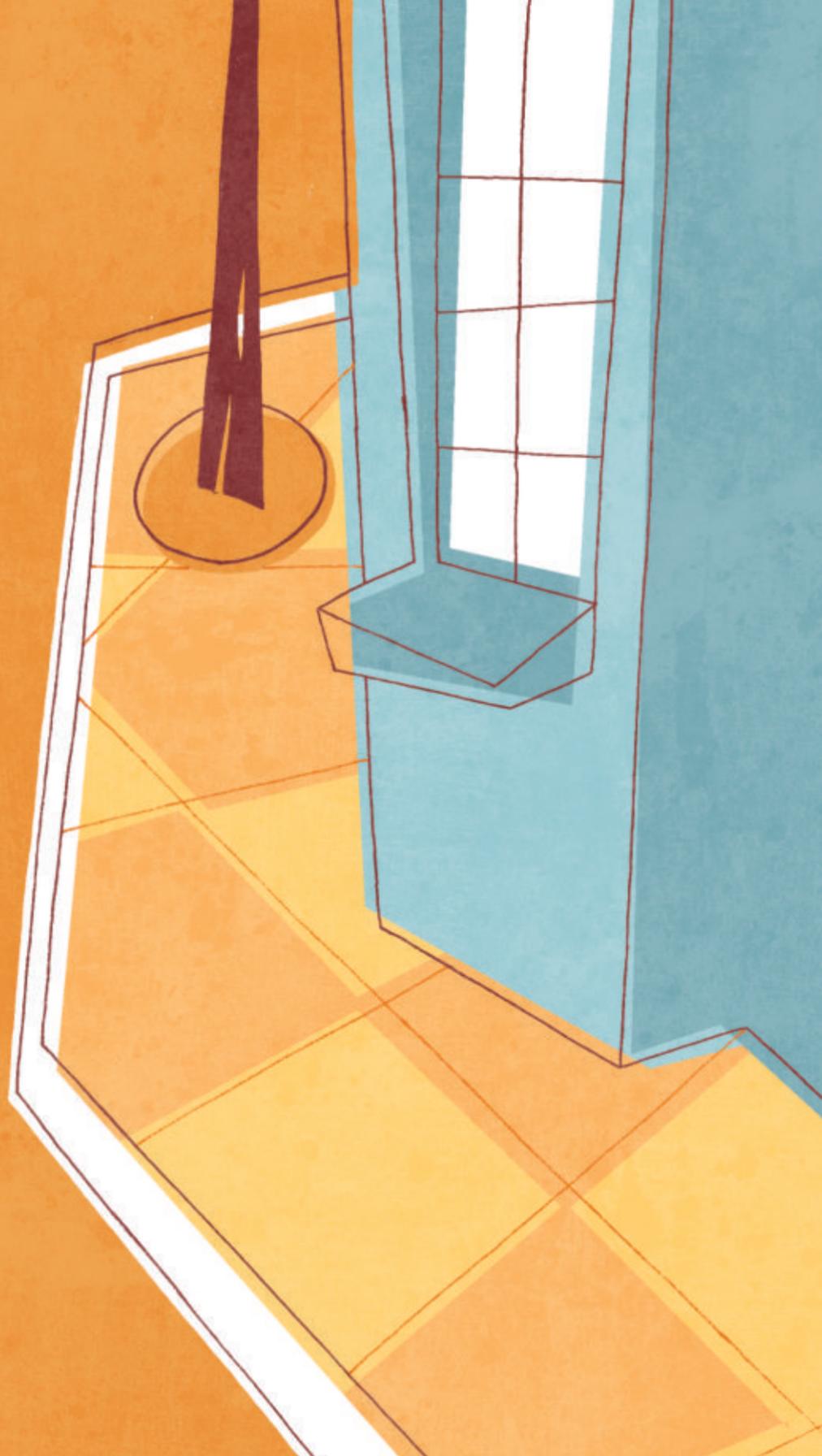
www.literaturasm.com



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Darío





Dicen que el tiempo lo borra todo. Puede ser.
Aunque tengo la sensación
de que aún soy demasiado joven para saberlo.

Probablemente sea verdad, pero todavía
guardo fresca la imagen de un antiguo vecino
que vivió un tiempo en el piso de abajo.

Por ese piso han desfilado
más de una docena de inquilinos. Ahora está vacío.
Y en venta. El dueño ha colocado un cartel
en el portal donde lo dice bien claro:



Si tuviese dinero
me gustaría comprarlo,
pero con el dinero
que tengo en la hucha,
dudo que pueda comprar
una sola de las baldosas
del pasillo.

Aquel vecino que vivió un tiempo
debajo de nosotros era un hombre alto,
de aspecto simpático. Tenía los dientes blancos
y le gustaba reír.
Tal vez tenía alguna mancha en la frente,
no me acuerdo.

Era extranjero. De fuera de aquí.
Pero hablaba nuestro idioma como si hubiese
nacido a pocos kilómetros de Valladolid
o de Salamanca.

Aquel vecino de sonrisa amplia y desconcertante
era un hombre tranquilo.
Ni gordo ni flaco.
Creo que no fumaba.



PELTOONEN

Se apellidaba Peltoonén. Así como suena:
Pel-too-nén. Con dos oes.

Sí, también con dos es. Pero las es
no van seguidas, va una en cada lado.

No me preguntéis por el otro apellido, que no lo sé.

Cierto día le escuché decir algo
de una casa en Brekka.

Yo no sabía dónde estaba Brekka, pero buscando y buscando (hasta me compré una lupa de aumento) vi que aquella pequeña población estaba en un país situado en el extremo noroeste de Europa: en Islandia.



Islandia es un país con volcanes,
glaciares,
fiordos,
cascadas,
icebergs,
géiseres
y vecinos.



También es el país
más limpio del mundo.
Y con una bandera
muy bonita.

La capital de Islandia es Reikiavik
y apenas son más de trescientos mil habitantes
en la isla. Igual se conocen todos
y los días de fiesta se reúnen a charlar.



Justo encima de la mirilla circular
de la puerta de entrada a su casa
había un placa de plástico que lo decía bien claro:



«S. PELTOONEN», en mayúsculas,
las letras un poco inclinadas hacia la derecha.
Cursiva, creo que se llama.
El cartel sujeto con tres tornillos
de cabeza avellanada, metidos hasta dentro.
Faltaba un tornillo,
el de la esquina inferior derecha.
Tal vez se había caído,
o quizá nunca hubo tal tornillo.

Siempre que pasaba por delante de su puerta,
me detenía y miraba fijamente aquella placa.
Toda una ceremonia. Contaba los tornillos:
uno, dos y tres;
contaba las oes: una y dos,
y me preguntaba qué podía significar aquella S.



S de Sigurjón.
S de Sigur.
S de Sölvi.
S de Snorri.
S de Stefansson.
S de Steindor.
S de Swen.
S de Stig.
S de Sissel.
S de Stal.
S de Scual.
S de Selvom.
S de Strindberg.
S de Simoon.
S de señor.
S de soltero.
S de secreto.





S. PELTOONEN

41

3

En la puerta de entrada a su casa
también había una cadena de seguridad.

Cuando llamaban a la puerta,
mi vecino abría la puerta con la cadena puesta,
asomaba un poco la cabeza
y preguntaba con la voz más grave
que he oído nunca:

-¿Qué deseaba?

Un día, justo cuando pasaba
por delante del rellano,
abrió la puerta. De golpe.
Yo subía pensando en mi merienda.
El abrió pensando no sé qué.

-Ah, eres tú
-dijo con aquella voz de extranjero,
con aquella voz que abría rocas
que escondían tesoros.

Otro día,
la puerta ya estaba abierta cuando yo subía.
Una mujer joven de larga melena
sujetaba una carpeta de cremallera
de la que sobresalía un folio escrito.
Solo pude escuchar el final de la conversación.

-Señora... -le dijo mi vecino.

-Señorita, si no le importa -le corrigió ella.

-Como guste. Señorita, le repito
que aquí no vive ningún señor Peltoonien.

-¡Ah, no! Y entonces, ¿quién vive aquí?

-Aquí vivo yo.

-¿Y usted cómo se llama?

-Le seré franco:
me llamo señor Sardina -dijo mi vecino,
y se encogió de hombros.

-¡Sardina!

-Eso he dicho.

-¿Señor Sardina?
¿De dónde es usted? -dijo ella muy ofendida.

-De Brekka, Iceland.
Y ahora, si me permite... -habló mi vecino,
y cerró la puerta.

La mujer se quedó desconcertada,
mirando la placa donde lo ponía muy claro:
S. PELTOONEN.

Desvió la mirada, dio media vuelta,
buscó algo en su bolso y se marchó.
Sus tacones martilleaban escaleras abajo.
Yo saqué la llave de mi bolsillo y seguí mi camino.
¿Sardina Peltoonén?

